

Enrique Espinoza

## La flor de Ribeiro

### I



LOS barcos que llegan temprano a Santos, para salir al atardecer, dan a los pasajeros ocasión de visitar la ciudad de San Pablo, en auto, durante el día.

El puerto mismo de Santos no ofrece mayor interés, salvo el arribo a su dársena, que es muy pinteresco. Una docena de botes, por lo menos, cargados de frutas y cigarros, flanquean cada barco que llega, abriéndose camino entre la niebla. La mayoría de los boteros son italianos, de voz potente y vivos gestos meridionales.

Los verdes cachos de banano cuidadosamente dispuestos en las proas con los troncos vueltos a los probables compradores de a bordo, descuellan entre los dorados montones de naranjas y piñas que sostienen grandes y pequeñas cajas de cigarros.

Antes de que el barco se detenga del todo, empiezan los gritos de abajo: «Pesos argentinos, tanto. Liras, cuanto». Y así hasta que encuentran aceptación entre

los pasajeros y tripulantes de arriba. Entonces los boteros hacen llegar una cuerda al confiado cliente y recogen en una latita atada a su centro el importe de la transacción, mientras izan en una canasta las frutas o los cigarros. Todo entre grandes gestos y fuertes gritos, porque las ventas son simultáneas y las cuerdas funcionan casi con la misma rapidez que las grúas eléctricas, un poco más tarde, del lado opuesto.

Después de hacer nuestro gasto correspondiente al menudeo, nos vamos a ver este otro intercambio menos primitivo y en mayor escala; pero en el que intervienen, sin embargo, casi exclusivamente gente de color.

Al fin las autoridades brasileñas que han subido a bordo una hora antes, autorizan el desembarco de los excursionistas, tras de hacer una revisión minuciosa de los pasaportes.

Entre inspectores, policías y guardias marinas bajamos, por último, a tierra.

Junto a los muelles hay una larga fila de automóviles. Son los de la caravana contratada por el «condottiero» de a bordo. Como no hemos querido sumarnos a su séquito, tratamos con uno de los «chauffeurs» más apartados el viaje a San Pablo en iguales condiciones. Acepta de buen grado, pues somos los únicos mirlos blancos.

Vamos primero al correo, donde pagamos varios miles de reis por el franqueo de unas tarjetas postales. Luego subimos al centro de la ciudad que, a pesar de la hora relativamente temprana, está muy animado.

Trajes blancos y rostros negros por todas partes. Compramos el diario «A Batalha» para ver qué pasa en el Brasil; pero la novedad del idioma nos distrae del contenido de las noticias. Preferimos conversar con nuestro «chauffeur», un hombre gordo y afable, de evidente origen portugués, que dice llamarse Louiz Ribeiro. Se nos queja de la falta de trabajo a causa de la disminución de los barcos que tocan en Santos y el monopolio de las empresas turísticas. Casi no puede ya seguir trabajando por su cuenta como en otro tiempo.

Mientras hablamos, el coche corre por un camino plano y asfaltado de las afueras de Santos con bananos de uno y otro lado. A su terminación, empieza otro, empinado alrededor de un cerro y las perspectivas del paisaje se hacen a cada vuelta más hermosas y variadas.

Pero al final de la primera cuesta, casi al llegar a una cumbre, se le rompe el cambio de velocidades a Ribeiro y nos vemos obligados a dejar el coche a un lado del camino, después de asegurarlo con dos grandes cuñas para que no se desbarranque.

Por suerte, hemos quedado a pocos pasos de una alta casa de piedra, estratégicamente enclavada en una curva del camino y que ya nos había llamado la atención desde abajo. Nos llegamos hasta ella en compañía de Ribeiro, que telefonea muy nervioso a Santos para que le manden una pieza con el primer coche que salga para San Pablo.

Dentro de la casa, que es un edificio fiscal según Ribeiro, funciona un bar, atendido por un muchachito muy satisfecho, al parecer de su oficio. Nos ofrece pasteles de coco y bebidas de nombre dulcísimo. Nos ubicamos en una terraza que merece realmente el nombre de «belvedere».

Desde nuestros asientos abarcamos íntegramente el paisaje sin segundo de la Sierra y el mar que se extiende allá abajo a muchas millas de donde nosotros estamos.

Se trata de un valle enorme, atravesado de ríos, canales y esteros bordeados de una vegetación lujuriosa en la que predomina un verde intenso, húmedo y tierno como no hemos visto otro.

La luz matinal ha barrido ya por completo la niebla hasta los confines de la sierra y el panorama se transparenta a tal punto en ella que alcanzamos a distinguir hasta el vuelo de las mariposas en el espacio.

Durante cerca de una hora nos dejamos estar en este mirador maravilloso, casi olvidados del accidente o felices con él por permitirnos una contemplación tan prolongada del mismo paisaje.

Una parte de la caravana turística irrumpe de pronto en el bar, recorre de prisa el «belvedere» donde estamos, echando unas rápidas miradas abajo y tras de enfocar sus kodaks, sale gritando su asombro como si nosotros estuviéramos allí para escucharlo.

Ribeiro llega al fin para decirnos que no ha recibido la pieza de repuesto, porque ya el último coche de

la caravana había salido cuando él telefoneó; pero que por consejo de otro «chauffeur» ha montado una llave sobre la palanca rota y que podemos seguir a San Pablo sin peligro.

Lo convidamos a tomarse un «Guanamá» para retardarnos un rato en el mirador, y salimos después de pagarle una suma fantástica de reis al muchachito del bar que nos despide «muito obrigado» debajo de un letrero que dice «Majoridade» no sabemos si por haber alcanzado él su mayoría de edad o porque su establecimiento se halla en la parte más alta de la Sierra.

En medio del camino desierto, rojizo y duro, como de greda cocida, nuestro coche corre nuevamente a todo lo que da. Empezamos a sentir frío en el asiento de atrás y nos pasamos al de Ribeiro, menos cómodo, pero más abrigado. El hombre aprovecha nuestra vecindad para darnos algunas explicaciones acerca de los distintos lugares que atravesamos.

Hemos visto con sorpresa hasta cuatro banderas del Japón sobre otras tantas casas. Parece que anda una misión comercial de esa nacionalidad por el país. Los japoneses, nos dice Ribeiro, se entienden con los alemanes para adueñarse poco a poco del Brasil.

A medidas que nos acercamos a San Pablo aumentan las poblaciones en los recodos del camino; pero nosotros no nos detenemos más que en una muy próxima a la ciudad y sólo porque hemos visto junto a una casa en construcción un árbol de flores rojas y luminosas, cuyo nombre nadie nos sabe decir. Pero nos llevamos

un ejemplar al auto para averiguar después su nombre. Es una flor de dos o tres pétalos, en forma de campana, que nos recuerda la del ibisco que hay en la plaza de armas de Viña del Mar.

Con esa flor que colocamos cuidadosamente en el tiesto vacío del coche hacemos nuestra entrada a San Pablo.

## II

El centro de San Pablo a mediodía con sus calles cortísimas llena de gente que se desliza despaciosamente entre los autos que giran con excesiva rapidez en las esquinas, impresiona bien al viajero de entrada.

La forma de la city es triangular y su población se extiende como un acordeón por la gran avenida Sao Joan. Descendemos del auto tras de convenir con Ribeiro que nos vaya a buscar al «Palliaci» que él mismo nos recomienda, después del almuerzo.

Libres de su compañía, nos largamos a caminar por las vías transversales de la city que conquistan en seguida nuestro espíritu ciudadano. El corazón de San Pablo parece ofrecerse en el abrazo estrecho de estas callejas esquinadas que conducen a todas partes y a ninguna.

En lugar de la pequeña burguesía ostentosa que en otras ciudades impide el tránsito a esta hora, aquí la clase popular se pasea a sus anchas. Devagar es la palabra portuguesa. Se diría que nadie piensa en otra

cosa teniendo en cuenta la nota de suavidad que surge en medio del bullicio capitolino. Hay que poner, eso sí un cuidado especial en las encrucijadas. Las aceras son angostas y sobre las tapias de los edificios en construcción se ofrecen los diarios del día. Nos detenemos a comprar «A Plebe» y luego tornamos a la avenida Sao Joan por una calle llena de librerías que ostentan portadas en colores con pie de imprenta de Sao Paulo.

En el «Palliaci» encontramos otra vez a una parte de los turistas del barco y tres o cuatro frailes franciscanos.

—Señal de que no se come mal aquí, me dice mi mujer.

En efecto, la comida es tan buena como la del mejor restaurante italiano de Buenos Aires. Las diferencias, insignificantes, por cierto, son del servicio únicamente. Pero no deja de llamarnos la atención. El café paulista sin duda, es sí, muy distinto del que estamos acostumbrados a tomar como tal en la Avenida de Mayo.

A las dos en punto Ribeiro viene a buscarnos para ir al Instituto Batuntán, un serpentario famoso que está a menos de media hora de la city y que ningún viajero deja de visitar.

Hay allí sierpes hasta decir basta. Las mujeres se entusiasman con la diversidad de sus colores y piensan en adornos y zapatos de cuero de víbora. Pero a los hombres, ajenos a los peligros de la selva, no les hace

mayor impresión el espectáculo. Un empleado nos explica la importancia científica del Instituto en el Brasil. Miles de vidas se salvan gracias a los sueros que salen del Batuntán. Recorremos detenidamente sus jardines especialmente cercados para que las víboras puedan tomar el sol. Un técnico levanta algunas con un palo a fin de que las veamos mejor. La mayoría parecen amodorradas con la siesta tropical. Una víbora de cascabel enroscada en un árbol nos recuerda, una estampa de Doré. Dejamos el Instituto para volvernos a Santos y emprender en seguida el regreso a San Pablo.

Apenas alcanzamos a dar una última vuelta a pie por el «Triángulo», mientras Ribeiro coloca la nueva pieza de repuesto y hace llenar de nafta el tanque de su auto. Nos quedan tres horas justas para llegar a Santos. Desgraciadamente, ahora podemos correr menos que por la mañana, porque el camino está lleno de ómnibus y camiones que vuelven con la carga del puerto. Pero esto nos permite ver mejor los alrededores de San Pablo. A grandes trechos la tonalidad del camino se corresponde con el de los árboles y las casas. Esta armonía que no existe en muchas partes y que en otras tarda en hacerse evidente, es sin duda lo que conquista de entrada al viajero. En San Pablo, a pesar del origen diverso de sus habitantes, dicha correspondencia salta a la vista. Es un aire americano que hace pensar en Chicago antes que en Nápoles.

Otra cosa que ya nos había llamado la atención favorablemente por la mañana; es que el camino de San-

tos a San Pablo carece de esos anuncios comerciales que tanto afean nuestros caminos cordilleranos. Cierto que no hay rocas desnudas, todas están cubiertas de vegetación, pero ni en los paraderos se ve como entre nosotros, letreros de propaganda. El único anuncio re-tumbante en el nublado atardecer de la sierra es el de nuestro auto al descender cuesta abajo con el escape libre para ahorrar nafta. Y, de cuando en cuando, el eco de las bocinas de los otros autos en las curvas. Nada más.

En la segunda mitad del camino notamos que el cielo se ha puesto aún más sombrío y que huele a lluvia a todo lo largo del valle.

Es casi seguro de que no nos libraremos del agua, nos dice Ribeiro, poco antes de caer las primeras gotas densas y sonoras sobre el capot de su auto.

No deja de inquietarnos un posible retraso por la lluvia. Mas Ribeiro se afirma en las vueltas sin disminuir casi la velocidad del coche. Al contrario, una vez en el camino plano, le hace correr aún más que por la mañana.

Llegamos a la dársena dentro del plazo señalado para la partida, aunque los últimos, ciertamente. Pero con la lluvia parece que el barco va a ser menos puntual que nosotros. Después de tanto apuro, tenemos hasta tiempo para asistir a la partida desde la cubierta.

Ya en un rincón de la misma, nos acordamos de la flor olvidada en el auto de Ribeiro. Alcanzo aún a bajar a tierra antes de que retiren la planchada, pero

no encuentro a Ribeiro en el muelle. De seguro, se ha ido a cambiar nuestros pocos nacionales por muchos mil reis.

Vuelvo contrariado a la cubierta. No obstante la lluvia, hace mucho calor a bordo y el barco aun no está listo para dejar el puerto de Santos. ¡Si supiéramos siquiera el nombre de la flor! se lamenta tristemente mi mujer. Le prometo buscarle una igual en Río.

Cuando, por fin, van a retirar la planchada, un nuevo chubasco retarda la maniobra en algunos minutos. Desde nuestro refugio en la cubierta vemos correr a la gente de abajo a guarecerse detrás de las grúas al mismo tiempo que un hombre completamente empapado por la lluvia consigue ganar la pasarela entre las protestas de los marineros que no alcanzan a impedirle la subida.

Es Ribeiro que con la roja flor en la mano nos hace seña de que bajemos por el puente intermedio a recogerla. Antes de salir de nuestra sorpresa estamos a su lado. En vano los oficiales le piden la flor para entregárnosla. Ribeiro se resiste a hacerlo. Y mientras la sirena del barco hace oír su último toque, alcanza a ponerla en manos de mi mujer con unas palabras de cortesía que cubren completamente las risas y los aplausos de los pasajeros.

El barco retrocede de frente por la acción de los remolcadores. Abajo la policía detiene a Ribeiro no obstante nuestros gritos de protesta. Apenas alcanzamos a oír sus razones desde la cubierta. Pero su ofrenda es bastante elocuente en sí y dice mucho más del gentil

pueblo brasileño que cuantas palabras pudiéramos atribuirle contra sus celosos guardianes que naturalmente, acabaron por dejarlo libre.

### III

A la mañana siguiente, ya en Río, lo primero que se nos ocurre es ir al Jardín Botánico para averiguar el nombre de la flor que por ahora llamamos de Ribeiro. Pero la ondulante ciudad de los morros nos depara la sorpresa de una carta aérea. Así que hacemos antes un alto en el correo de la Praca Maná para contestarla.

—¿Qué días salen aviones para Buenos Aires?—preguntamos a una señorita de lentes sentada detrás de la primera ventanilla.

—Sexta feira—nos responde muy atentamente, mientras entrega unos timbres a un señor que ha llegado un poquito antes.

¿Sexta feira?, nos miramos asombrados mi mujer y yo. Vaya a saber lo que nos entendió la señorita de los lentes y volvemos a hacerle la pregunta esta vez con más lentitud. Pero obtenemos la misma respuesta con una sonrisa. Entonces se nos ocurre que nos indica la sexta ventanilla y a ella nos dirigimos con nuestra pregunta. La respuesta no difiere en nada de la anterior: Sexta feira.

Optamos por pasar la carta con un billete de diez mil reis para el franqueo. Con el vuelto insistimos en

nuestra pregunta y la señorita nos remite a un cartel bilingüe de la Panagra. Sexta feira resulta Fríday. Es decir, viernes, el sexto día de la semana.

Después de esta experiencia que destruye por completo nuestra ingenua convicción acerca del parecido innegable del portugués con el español, no nos animamos ya a dirigirle la palabra a ningún carioca para preguntarle dónde queda el Jardín Botánico. Tomamos la Avenida Río Branco por nuestra cuenta y en el primer quiosco que topamos en sus decorativas aceas llenas de agencias de cambio y negocios de cuero de víbora, adquirimos una guía que se llama «Río de Janeiro no bolso». Ahora sí con la ciudad en el bolsillo podemos averiguar cuánto se nos ocurra saber de ella.

La gente que transita por la avenida y el interés que despierta en nosotros su aspecto tan singular, nos vuelve difícil la lectura de la guía además de denunciarnos a los ojos de todos los que nos empeñamos en no ser: unos vulgares turistas. Para evitarlo, precisamente, nos sentamos a una de las mesitas callejeras del Bar «Sympathy» a fin de hacer las dos cosas con toda comodidad.

Pero cuando averiguamos con precisión donde queda el Jardín Botánico es cerca de mediodía, así que postergamos forzosamente nuestra visita para después del almuerzo y nos vamos a echar mientras tanto una ojeada a las callecitas que desembocan en la avenida Río Branco. Una nos llama particularmente la atención. Es la Rúa do Ouvridor, una especie de calle Florida

de Río, más estrecha que la de Buenos Aires; pero con mayor número de librerías internacionales.

El instinto, pensamos, con perdón de la paradoja, nos ha guiado hasta aquí. Con todo, la gente que llena la calle nos interesa en verdad más que los libros. Durante una hora o poco menos nos perdemos literalmente entre la multitud que la atraviesa por el centro de la calzada, reflejando en su diversidad los aspectos más difíciles de sorprender en una metrópoli como Río de Janeiro. Por lo pronto, San Pablo nos parece una ciudad menos complicada, más abierta a la curiosidad del viajero. Después diremos, si es posible hacerlo en pocas horas, hasta donde la gente que vemos es hechura de esta ciudad. Momentáneamente sólo nos interesa averiguar el nombre de la flor de Ribeiro. Por eso después de almorzar en un restaurante cualquiera cerca de la Galería Cruzeiro nos vamos sencillamente en «bon-di» al Jardín Botánico que está al pie del Corcovado.

Entramos por una larga y desierta avenida de palmeras tan altas que sólo alcanzamos a ver las copas levantando mucho la cabeza. Un cartel nos informa que la mayor parte del jardín no está habilitada circunstancialmente para el público por hallarse en transformación. Buscamos en vano la roja flor de Ribeiro. Lo mismo que el maravilloso lago que según la guía «foi organizado de modo a representar un trecho de selva amazónica nao lhe faltando nem mesmo a casa de palha do sertanejo e a su embarcacao, a Piroga» la flor de Ribeiro no aparece por ninguna parte.

Antes de retirarnos queremos, sin embargo, preguntar en la Administración del Jardín por la bendita flor; pero aleccionados por la experiencia del correo tememos no hacernos entender. Por lo tanto, después de recorrer otra vez en todas direcciones los sectores habilitados para el público, nos vamos al cercano Pan de Azúcar. (Es demasiada vanidad estar en Río de Janeiro y no querer ver el Pan de Azúcar, aunque sólo sea desde abajo como nosotros). No dejamos tampoco de visitar las rumbosas playas que llegan hasta la misma Avenida Río Branco. Por último, nos vamos en ómnibus hasta los barrios más distantes, aquellos que Río esconde como una vergüenza. Las huellas de una reciente inundación permiten ver algunas escenas que no se distinguen ciertamente desde lo alto del Pan de Azúcar.

De regreso nos bajamos frente a la Biblioteca Nacional, un palacio del tiempo de la monarquía, que seguramente fué construído con otro fin. Cerca de la Biblioteca o frente al barrio de los cines, mejor dicho, nos sorprende una estudiantina de cinco o seis disfrazados. Sin interés por lo pintoresco que en Río, más que en ninguna parte, asoma a cada paso, seguimos nuestro camino de la mañana hasta la rua do Ouvridor. En sus librerías se nos ocurre que debe haber alguna Botánica con el retrato de la flor de Ribeiro. La cosa es atravesar la Avenida Río Branco llena de autos y ómnibus que pasan a todo correr, como no hemos visto en ninguna otra capital.

«El énfasis del dinero y la velocidad», anoto de paso, para un ensayo interpretativo del país; pero pronto dejo de sentirme descubridor y termino por adquirir varios estudios sobre el Brasil, al no encontrar en ninguna Botánica el nombre de la flor de Ribeiro.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido a todo esto? Menos de una hora, sin duda. Pero al salir de la última librería encontramos la rua do Ouvridor completamente desconocida. En lugar de la deslumbrante calle Florida del mediodía, es ahora una calleja cualquiera, sin vidrieras casi, porque la mayoría de las tiendas tienen ya corridas las cortinas. Unas pocas empleadillas de paso cimbreado cruzan la calzada, evitando graciosamente los cochecillos infantiles de dos o tres rígidas nurses alemanas.

Las seis de la tarde; no más. Con todo, la ciudad ha puesto fin a su jornada de trabajo.

Por la Avenida Río Branco poco menos que a obscuras, nos dirigimos a pie hasta la Praca Maná. Una vendedora de diarios nos ofrece «A Noite» con el decreto que prohíbe las manifestaciones preparadas para el día siguiente (1.º de mayo) en toda la República. Su lectura en el barco nos lleva a pensar que la flor de Ribeiro tiene quizá un nombre subversivo y a lo mejor el símbolo de los trabajadores del Brasil. En tal caso, no dejaremos de acertar en parte al publicar este relato con el nombre del único obrero que conocimos de cerca a nuestro paso por el pujante estado de San Pablo, que por lo mismo nos sigue pareciendo más viril que Río de Janeiro.